

## *Política internacional y economía internacional: un enfoque radical*

---

Ser radical es lo mismo que ser científico; los dos términos significan ir a la raíz de los problemas. Para Marx, esto suponía intentar descubrir «las leyes económicas del movimiento de la sociedad moderna», o sea, en primer lugar, ver a la sociedad como un organismo en movimiento constante, que cambia y se desarrolla mientras se dirige hacia su destino, y después, buscar en la economía, en las condiciones de producción y cambio, la base última de este movimiento.

En este trabajo quiero seguir el enfoque de Marx observando la presente coyuntura de política y economía internacional, en términos del crecimiento a largo plazo y de la expansión a nivel mundial de las relaciones sociales de producción capitalistas. Más concretamente, quiero intentar relacionar las crisis políticas actuales, nacionales e internacionales, con el mercado mundial creado durante los últimos veinticinco años por el imperio americano, primero analizando las advertencias de Keynes en 1933 sobre las dificultades y peligros que suponía el mercado mundial para el desarrollo de la sociedad moderna, y después, usando el análisis de Marx sobre la Ley General de Acumulación Capitalista, y en particular su teoría del ejército de reserva del proletariado para llegar a las raíces más profundas de nuestras dificultades actuales.

\* STEPHEN HERBERT HYMER (1934-1974)

Stephen Hymer, canadiense de origen, realizó sus estudios en las universidades de Mac Gill y en el M. I. T. Fue en este último centro donde, además de doctorarse, empezó su carrera académica. Posteriormente fue profesor de la universidad de Yale, y profesor visitante en las de Ghana, Santiago de Chile, Toronto y en la London School of Economics. Desde 1970 era miembro del Departamento de Economía de la New School for Social Research.

El C. E. E. S. le había invitado para desarrollar un cursillo sobre economía internacional y empresas multinacionales, campo en el que era especialista, y a cuyo borrador corresponde el presente artículo. Al fallecer días después en accidente de automóvil, se quiere ahora rendir un homenaje al profesor Hymer desde estas páginas publicando, con la debida autorización de sus albaceas testamentarios señores D. Gordon y E. Cochran, el borrador recibido sin sus últimos retoques que, sin duda, lo habrían enriquecido aún mayormente. La traducción ha sido realizada por L. Argemí.

El texto base para este análisis es una provocativa frase que Marx escribió a Engels en octubre de 1858:

«No podemos negar que la sociedad burguesa experimentó su siglo dieciséis por segunda vez —un siglo dieciséis que será el toque de muerte de la sociedad burguesa, al igual que el primero le dio la vida—. La tarea específica de la sociedad burguesa está en el establecimiento de un mercado mundial, por lo menos en esencia, y de la producción basada en este mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haberse acabado con la colonización de California y Australia, y con la apertura de China y de Japón. La difícil pregunta que nos hacemos es la siguiente: en el continente la revolución es inminente, y en seguida tomará un carácter socialista. ¿No está condenada a ser aplastada en este pequeño rincón del mundo, considerando que en todo el resto el movimiento de la sociedad burguesa está aún en su fase ascendente?»

## I

El capitalismo empezó como un sistema de mercado mundial en la era mercantilista de los siglos XVI y XVII, cuando el descubrimiento de América, y el doblamiento de El Cabo llevaron a una explosión del comercio marítimo, y a la creación de la primera economía internacional. La aparición de una nueva época con esta explosión del comercio internacional, sin embargo, no se debió al mercado internacional en sí, sino a la transformación del mercado nacional que, inconscientemente, apareció con él.

Se ha dicho que Colón, quien murió creyendo haber descubierto una nueva ruta hacia la India, era un hombre que al partir no sabía dónde iba, cuando llegó no sabía dónde estaba y cuando volvió no sabía de dónde venía. La misma ironía caracterizaba al sistema mercantilista en su totalidad. Los mercaderes, aventureros, financieros y soberanos de esta época desencadenaron una búsqueda internacional de oro, especias y tierras, pero los descubrimientos importantes se hicieron en sus países de origen. Específicamente, la expansión del comercio internacional y el crecimiento del capital comercial y financiero trajeron consigo, además de otros factores, la desintegración de la economía doméstica tradicional, y la liberación del trabajo de las formas de producción precapitalistas. Esta nueva fuerza de trabajo asalariado, organizada por el capital industrial en la manufactura primero, y después en la industria moderna, causó una explosión en la productividad que proporcionó a la sociedad una base material de existencia completamente nueva, y sentó las bases del nuevo mundo.

Cuando la revolución industrial inglesa hubo demostrado la importancia del descubrimiento del valor de la fuerza de trabajo, otras naciones se vieron obligadas a adoptar el nuevo modo de producción o a ser dominadas por las que lo hicieran. La era mercantilista se había caracterizado por una interven-

ción estatal activa y por una rivalidad nacional aguda. Al principio, la nueva economía mundial del siglo XIX tomó un aspecto internacionalista o nacionalista, pues parecía que esta época de capital industrial se caracterizaría por el dominio de los principios de mercado y por un gobierno que gobernaría mejor cuanto menos lo hiciese.

Ésta fue la tendencia en Gran Bretaña, donde la clase capitalista dominante decidió dismantelar sistemáticamente el aparato de estado usado por el feudalismo y por el mercantilismo para controlar la producción y el comercio y para ampliar la extensión del mercado, interna y externamente. Hasta cierto punto, esta tendencia fue seguida por otras naciones, pero en realidad había un doble movimiento. Por una parte, tenían que dismantelar el sistema de controles precapitalistas, pero, al mismo tiempo, tenían que unificar la nación y reforzar el Estado para poder industrializarse.

El primer objetivo del nuevo estado industrial era la acumulación primitiva, o sea, un esfuerzo político consciente de establecer las condiciones de producción capitalista moderna mediante la liberación del trabajo asalariado, y el apoyo a una clase industrial nacional que lo organizase. Los países que no llevaron a cabo la transformación de su propia economía, pronto fueron víctimas de un poder imperial y se convirtieron en países subdesarrollados.

Una vez el capitalismo industrial hubo comenzado su marcha, surgió un segundo objetivo: debía mantenerse en funcionamiento controlando las contradicciones que inevitablemente producía. Estas contradicciones surgían de dos supuestos básicos e interconectados:

- 1) Las anárquicas relaciones entre capitalistas, causantes del gran despilfarro que llevaba a crisis periódicas.
- 2) La concentración de personas en ciudades y fábricas, y su progresiva politización.

Con la acumulación de capital, estas contradicciones se intensificaron y se formó una extensa y elaborada superestructura externa para contenerlas.

Así encontramos que durante los siglos XIX y XX el crecimiento y la expansión del capitalismo industrial fueron acompañados por un fortalecimiento (y no por un debilitamiento) de la Nación-Estado y una intensificación de las rivalidades nacionales (en vez de su desaparición): internamente, la mano visible del Estado operó continuamente junto a la mano invisible del mercado. Internacionalmente, uno por uno, los países erigieron barreras contra el comercio, y a finales del siglo XIX, la competición empezó a dividir a los países subdesarrollados en esferas exclusivas de interés, en un nuevo mundo colonial. El resultado final del Laissez-Faire, de la Pax Británica y del Libre-Cambio fueron el «Estado de Bienestar» (Welfare State), la Primera Guerra Mundial y la caída completa de la economía internacional durante la depresión.

## II

En este momento comienza nuestra historia. En 1930 nos encontramos con una economía mundial en la que:

1) La revolución industrial se ha extendido más o menos a Europa Occidental, América, Rusia y Japón, pero está lejos de ser completa, ya que existen amplias zonas con sectores no-industriales y no-capitalistas en diversos grados. Aunque ha empezado ya el camino hacia el capitalismo industrial en algunos puntos de América Latina, Asia y África, la mayor parte de la población mundial vive fuera de estos enclaves.

2) En primer lugar, existe una gran decepción con el capitalismo y con el internacionalismo, y en segundo lugar, existe también la creencia de que será la Nación-Estado y no la mano invisible quien jugará el papel dominante en el desarrollo económico (incluso los fascistas se llaman nacional-socialistas).

Por otro lado, el pensamiento sigue siendo unidimensionalmente capitalista en lo que a la producción se refiere, puesto que no ha surgido ninguna otra alternativa al proceso de trabajo alienado de la fábrica capitalista. Marx creía que la clase obrera se organizaría y rebelaría contra la dominación del capital, y crearía un nuevo sistema de producción, pero en los años 30, todavía no había surgido esta revolucionaria clase obrera internacional que nos llevaría más allá del capitalismo.

En este contexto, volvemos al análisis keynesiano del conflicto entre el mercado mundial y el bienestar nacional, que presentó en su artículo sobre «Autosuficiencia nacional». En él, Keynes apunta que la restauración del mercado mundial innecesariamente prolongaría la vida del capitalismo, con los males inherentes que lleva, interfiriendo en nuestro camino hacia la sociedad justa.

Describiéndose a sí mismo como el hombre «que en última instancia prefiere cualquier cosa a lo que las crónicas financieras acostumbran a llamar la mejor opinión de Wall Street», Keynes dice que la paz mundial, la prosperidad y la libertad podrían conseguirse poniendo de relieve la autosuficiencia nacional no-capitalista frente al capitalismo internacional de mercado. En un lenguaje tan duro que casi ningún economista se atrevería a usar, llegó a la siguiente conclusión:

«Por lo tanto, yo simpatizo más con los que minimizarían la interdependencia económica entre las naciones, que con los que la maximizarían. Las ideas, el conocimiento, la ciencia, la hospitalidad, los viajes: éstas son las cosas que por su naturaleza son internacionales. Pero dejemos que los bienes sean caseros mientras sea razonable y convenientemente posible, y por encima de todo, dejemos que las finanzas sean primordialmente nacionales.»



Keynes defiende su idea con tres argumentos básicos. En primer lugar, y contrariamente a las ideas de los librecambistas del siglo XIX, el mercado mundial creado en la era dorada de la *Pax Británica* no aseguró la paz, sino que terminó en guerra y depresión. Sus palabras:

«Para empezar la cuestión de la paz. Somos pacifistas con tal convicción que si el internacionalista económico pudiese probar este punto, pronto lograría de nuevo nuestro apoyo. Pero por ahora, no parece obvio que una concentración del esfuerzo nacional en la captura de mercados extranjeros, la penetración de la estructura económica de un país por los recursos y por la influencia de capitalistas extranjeros, y una gran dependencia por parte de nuestra propia vida económica de las fluctuantes políticas y económicas de los países extranjeros sean salvaguardia y seguro de paz internacional. Es mucho más fácil, a la luz de la experiencia y de las expectativas actuales, afirmar lo contrario. La protección de los intereses extranjeros de un país, la captura de nuevos mercados, el progreso del imperialismo económico: éstas son las partes difícilmente evitables de un estado de cosas que busca la máxima especialización internacional y la máxima difusión geográfica del capital, sea cual sea su origen o forma de propiedad.»

En segundo lugar, Keynes habla del problema de la eficiencia económica. Para él, la expansión de la tecnología moderna hace más fácil el producir localmente las necesidades básicas de una comunidad y hace también que los argumentos en favor de la especialización internacional y del crecimiento orientado a la exportación sean menos atrayentes.

En tercer lugar, y creo que es la parte más importante de su argumento, Keynes dice que el internacionalismo económico del librecambista suponía que todo el mundo estaba organizado, o debería estarlo, en base al capitalismo privado de competencia. Por su parte, creía que deberíamos ir más allá del capitalismo si queríamos conseguir los frutos de la revolución industrial de una forma más humana y racional. Pero el mercado mundial impediría la experimentación en organización socioeconómica, e inhibiría el desarrollo completo y libre de nuestro potencial.

Expresando una visión que no es muy popular hoy, excepción hecha de los socialistas, Keynes dice:

«El capitalismo decadente, internacional pero individualista, en manos del que nos encontramos después de la guerra, no es un éxito. No es inteligente, no es bonito, no es justo, no es virtuoso, y no proporciona bienes. En pocas palabras, no nos gusta y empezamos a *despreciarlo*.»

«Todos tenemos nuestra propia fantasía. Sin creer que ya estamos salvados, nos gustaría poder intentar la elaboración de nuestra propia sal-

vacación. Por lo tanto, no queremos estar a merced de las fuerzas mundiales, que elaboran, o intentan elaborar, un equilibrio uniforme, de acuerdo con los principios ideales, si se les puede llamar así, del capitalismo libre cambista... Queremos ser —por ahora, y al menos mientras dure la presente fase de transición y de experimento— nuestros propios amos, y ser tan libres como podamos de las interferencias del mundo exterior.»

### III. LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL CAPITAL

La visión de Keynes, tal como está expuesta en este artículo, tuvo poco efecto en las políticas que gobernaron la reconstrucción de la Segunda Guerra Mundial y los planes de desarrollo de la economía mundial. En su lugar, la «mejor opinión de Wall Street» y de la *City* prevalecieron.

«No nos equivoquemos», escribió *The Economist* en 1942 en un artículo sobre *El desafío americano*, «la política adelantada por la administración americana es revolucionaria. Es genuinamente un nuevo concepto del orden mundial». De esta manera *The Economist*, reflejando las discusiones sobre política que tuvieron lugar en Londres durante la guerra, alababa el plan de crear una economía mundial basada en un capitalismo internacional bajo la hegemonía y tutela americanas.

La finalidad de este plan era «una Nueva Frontera, frontera de expansión ilimitada, la frontera del bienestar humano», y «cuyo instrumento será el capitalismo industrial, operando, a grandes rasgos, en condiciones de empresa privada» (Summer Welles, citado en *The Economist*, junio 1942) o, tal como lo decía *The Economist*, «el idealismo de un New Deal internacional tendrá que implementarse con los avances técnicos de la empresa americana. La nueva frontera será entonces una realidad». O como lo expresó *Fortune* en relación con los países subdesarrollados: «El capitalismo americano puede permitirse el lujo de acabar lo que el capitalismo británico comenzó; en vez de vendedores y plantadores, sus representantes pueden ser bulldozers y cerebros, técnicos y máquinas» (*Fortune*, mayo 1942).

Tal como sabemos, este plan fue un éxito completo.

El mundo experimentó un *boom* secular de 25 años, durante los cuales el empleo, el capital y la tecnología crecieron rápidamente, e incluso los países socialistas empezaron a ser atraídos a la espiral del mercado internacional, dejando la autarquía.

Irónicamente, la teoría keynesiana de la política estatal, considerada por el mismo Keynes como un instrumento que traería el final del capitalismo, fue usada para protegerlo. En la *Teoría general*, Keynes dijo que la restauración del pleno empleo mediante la intervención gubernamental podrían, en un plazo de tiempo razonable, destruir el monopolio del capital y librarnos de su opresión.

Juzgó que «sería relativamente fácil hacer que los bienes de capital sean tan abundantes, que la eficiencia marginal del capital sería cero», y que esta evolución pacífica podría ser «el camino más sensato para librarse gradualmente de muchas de las características objetables del capitalismo» (p. 197). En su opinión, el cambio tecnológico podía reducir rápidamente (en una o dos generaciones) la tasa de beneficio y traer la «eutanasia del rentista, y en consecuencia, la del poder de opresión acumulativo del capitalista para explotar el valor de escasez del capital» (p. 331). Y al mismo tiempo, podríamos ahorrar dinero en la dirección mediante «un plan de imposición directa que deje que la inteligencia, la determinación y la habilidad ejecutiva del financiero, del empresario, *et hoc genus omne* (que seguramente están tan orgullosos de su función, que su trabajo podría obtenerse mucho más barato que ahora), sirvan activamente a la comunidad, en unas condiciones razonables de retribución» (pp. 331-332).

Keynes estaba tan fuera de órbita en este punto, como lo estaba en su llamada a la autosuficiencia. Una generación había pasado, la tasa de beneficio no había bajado, y en vez de ello, el Estado se había provisto de las herramientas necesarias para mantenerla y asegurar así el crecimiento continuado de la riqueza privada, nacional e internacionalmente. Ni siquiera se habían reducido los salarios de los *managers*, tanto en *status* como en renta, al convertirse en un elemento cada vez más crucial del apoyo a la expansión del capital, y de la prevención de su eutanasia.

Así, contra la opinión de Marx y de Keynes, con el mercado mundial no sonaron las campanas fúnebres del capitalismo mundial. Al menos, todavía no. Por el contrario, el capitalismo se revitalizó de la crisis de entreguerras y floreció en el cuarto de siglo que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

Ahora, sin embargo, existen signos de tensión en el sistema, y se están llevando a cabo una reconstrucción y un reexamen de su estructura básica, a la luz de las contradicciones y crisis que surgen, tanto nacionales como internacionales. La complicación creciente de la estructura de interdependencia («tightening of the Web of interdependence») para usar una frase popular, parece que comienza a ser incómoda al adentrarnos en la década de los 70. Existe una cierta inquietud en muchos lugares (dramatizada por la crisis del petróleo), ya que podemos estar demasiado «a merced de las fuerzas mundiales» y ser muy poco «nuestros propios amos». Hay signos de explosión de las rivalidades nacionales, explosión que Keynes creyó sería difícilmente evitable si poníamos demasiado énfasis en el mercado mundial.

En otro lugar he señalado («La internacionalización del capital», en S. Hymer, *Empresas multinacionales*, ed. Periferia, Buenos Aires, 1971, pp. 139-173), que debido a la internacionalización del capital, la competencia entre capitalistas nacionales es cada vez una fuente menor de rivalidades entre naciones. Usando el instrumento de la inversión directa, las grandes corporaciones son capaces de penetrar en los mercados extranjeros y desligar sus inte-

reses de su propio mercado nacional. Al mismo tiempo, los capitalistas de todas las naciones, incluyendo a los de los países subdesarrollados, son capaces de diversificar sus carteras financieras internacionalmente, mediante el mercado internacional del capital. Con estas tendencias, emerge una clase capitalista internacional cuyos intereses están en la economía mundial como un todo, y en un sistema de propiedad privada internacional que permita el libre movimiento del capital entre los distintos países. Este proceso es contradictorio y puede destruirse, pero actualmente existe una fuerte tendencia a que los segmentos más fuertes de la clase capitalista vean cada vez más su futuro en el crecimiento ulterior del mercado mundial, y no en su reducción.

En el próximo apartado de este trabajo, quisiera ver la otra cara de la moneda, y examinar los intereses del trabajo en el mercado mundial. La tesis principal es que el trabajo será cada vez más nacionalista, y posiblemente más socialista, mientras el crecimiento continuado del mercado mundial mine su estrategia tradicional.

#### IV

«La acumulación del capital es, por ello, el aumento del proletariado» (*Capital*, vol. I, p. 518). Éste es el concepto clave en el análisis de Marx de la ley general de la sociedad capitalista. La competencia capitalista lleva, hasta un cierto nivel, a la concentración y centralización del capital en grandes corporaciones ligadas por un mercado de capital, y unificadas a nivel político por el estado. A otro nivel, arroja a una parte creciente de la población a la clase obrera, la concentra en grandes factorías y centros urbanos y desarrolla en ellas una cohesión de grupo que hacen de ella una fuerza de oposición al capital. De esta manera, el capitalismo, que se basa en un sistema de trabajo asalariado, crea en su seno formas de organización social antitéticas a la competencia y al sistema de mercado y que, en opinión de Marx, sirven de embrión de una nueva sociedad que seguirá al capitalismo.

El camino hacia la conciencia de clase es, sin embargo, un largo proceso que surge dialécticamente de la competencia entre los obreros. Por un lado, la continua expansión del capital y la extensión del mercado reúne a los obreros asalariados en grupos cada vez mayores, al esforzarse en eliminar la competencia entre ellos; por otro lado, también introduce nuevos elementos de competencia que dividen a los obreros en grupos antagónicos e inhiben la realización del potencial latente de su unidad.

Marx identificó dos fuerzas principales en el desarrollo del capitalismo (además de la superestructura ideológica de la corporación y del Estado) que continuamente crean competencia entre los obreros y permiten que el capitalismo se reproduzca a una escala mayor y que sobreviva incluso a sus peores crisis. En primer lugar, el cambio tecnológico que sustituye maquinaria por

trabajo, y que, al arrojar al obrero de la fábrica al mercado, rompe la cohesión de la organización obrera y reduce a los obreros a individuos, o grupos pequeños, que compiten entre ellos en vez de cooperar. En segundo lugar, el capitalismo derriba continuamente estructuras en áreas precapitalistas —lo que Marx llama la sobrepoblación latente— formando de esta manera una oferta de trabajadores sin conciencia de clase que compiten en el mercado del trabajo.

Estas dos fuerzas dinámicas crean una fuerza de trabajo estratificada que mantiene en raya las pretensiones de la clase obrera. Por encima del proletariado existe una gran clase de directores, técnicos y burócratas que la organizan y la mantienen dividida para vencer su resistencia. Por debajo de la clase obrera existe un fondo de parados, subempleados y mal pagados, fondo constantemente en aumento por el cambio tecnológico y por la apertura de nuevas zonas («hinterland»), que socavan su posición e inhiben su desarrollo hacia la conciencia de clase.

Este ejército de reserva hace que la aristocracia del trabajo siga trabajando y siga siendo leal al sistema capitalista, por temor a perder su posición superior. Por la naturaleza de las cosas, estos distintos estratos a menudo vienen de distintas regiones de un país, de distintos grupos raciales o étnicos, y de distintas edades y sexos. Así, las brechas entre grupos de obreros reflejan a menudo fronteras de raza, credo, color, edad, sexo y origen nacional, lo que hace aún más difícil la consecución de la conciencia de clase.

La significación de la etapa de mercado mundial capitalista en la que estamos radica en que este proceso competitivo, que a la vez une y separa a los obreros, ha adquirido una dimensión internacional. El crecimiento del comercio mundial hace que el trabajo de distintos países entre en un contacto más estrecho y que exista más competencia, y la internacionalización de la producción mediante el sistema de corporaciones multinacionales fue una reacción a este hecho por parte del capital. Las empresas americanas, por ejemplo, descubrieron que la recuperación de Europa, y el desarrollo de las economías con trabajo excedente («labour surplus economy») del tercer mundo, hacían posible producir algunas cosas a menor coste en el extranjero que en Estados Unidos; y la presión competitiva de los capitalismo no-americanos hizo que éstos invirtieran en el extranjero o concedieran contratos de licencia y dirección para preservar su posición y mantener su crecimiento. Más generalmente, la aparición de un mercado mundial unificado de bienes, que en realidad es la aparición de un mercado mundial unificado de trabajo, hicieron que la competencia y las consiguientes tendencias a la centralización y concentración pasaran del plano nacional al internacional. Pero la búsqueda del beneficio, que llevó al capital a despojarse de su carácter nacional y salir de los estrechos límites de la Nación-Estado también ha intensificado la presión competitiva entre el trabajo, y ha socavado su organización y estrategia tradicionales. Yo sugiero que esto traerá una nueva etapa en el desarrollo de la organización del trabajo, y es aquí donde debemos buscar la raíz del problema si queremos

entender nuestra situación presente y la vía de desarrollo en la que estamos.

En pocas palabras, debemos observar los desarrollos actuales en términos de la expansión a largo plazo de la producción mercancías, basada en el trabajo asalariado, desde las poblaciones locales de la Edad Media, y los pequeños enclaves del período de transición hasta el mercado nacional primero y el internacional actualmente. Los procesos de concentración y centralización del capital que ocurrieron en este marco llevaron al crecimiento sostenido y al desarrollo de la empresa moderna desde los antiguos talleres, pasando por la fábrica y por la corporación nacional, hasta la corporación multidivisional, y actualmente hasta la corporación multinacional; y paralelamente, llevaron a la expansión del sistema financiero desde el plano local, hasta el nacional y actualmente, al internacional. Al mismo tiempo, este crecimiento ha llevado a la expansión continua de la organización obrera como respuesta a la apertura de nuevas fuentes de competencia, desde el plano local al nacional y ahora al internacional. Esto en parte tuvo lugar por medio de expansión del movimiento sindicalista, buscando una base cada vez mayor, y parcialmente mediante la acción conjunta de trabajadores de distintas industrias en su lucha, a nivel político, por la jornada laboral, la salud, la educación, la seguridad social, el seguro de desempleo, etc.

La organización de los obreros, por ahora, ha tenido lugar casi enteramente dentro de las fronteras nacionales por medio de la lucha para obtener derechos civiles y leyes nacionales que protegieran al trabajo de algunas de las dificultades del proceso de competencia. Actualmente, la internacionalización del capital, combinada con algunas contradicciones domésticas del estado del bienestar, han llevado a la estructura establecida de la organización obrera a un punto crítico, y debemos estudiar ahora este problema.

## V

Desde un punto de vista marxista, la principal limitación del análisis de Keynes está en que no prestó atención ni a las condiciones de producción ni al papel político del trabajo. Keynes observaba el sistema de mercado, basado en la avaricia y en el egoísmo, con considerable desprecio, y quería superar el motivo beneficio, buscando una sociedad dirigida por una élite, élite con dedicación a la sociedad, y que operase en un marco que combinase la planificación estatal y las grandes corporaciones casi públicas. Creía que ni los capitalistas ni el «tosco proletariado» podrían llevarnos a esta forma superior de organización, pero sentía que el proceso de acumulación de capital y de progreso técnico podrían conseguirlo naturalmente, a pesar de las equivocadas interferencias del capital y del trabajo. Por ello, ni en sus escritos políticos, ni en los económicos, prestó atención a la lucha de clases como fuerza motriz del desarrollo capitalista.

Irónicamente, esta limitada perspectiva fue, en cierto sentido, su genialidad, pues de hecho durante el período posbélico, la cuestión de la lucha de clases se suavizó, y el trabajo no constituyó una amenaza seria al capitalismo como sistema, sino que cooperó dentro del mismo. Ésta fue una de las razones por la que el capitalismo creció tan rápidamente y una de las razones por las que la teoría de las políticas fiscal y monetaria de Keynes tuviera éxito.

En la *Teoría General*, Keynes trasladó su punto de interés desde el mercado de trabajo al mercado de capital. Los economistas clásicos creyeron que el desempleo y el estancamiento eran el resultado de un nivel de salarios demasiado alto (en términos marxistas, una tasa de plusvalía demasiado baja). En segundo lugar, Keynes propuso una curva de oferta de trabajo elástica al salario vigente y buscó la caída del sistema en las contradicciones existentes entre ahorradores e inversores, o sea, entre la clase rentista y la clase directiva o empresarial.

La salida de este dilema elegida por Keynes parecía pasar por una expansión del consumo estatal y público, a expensas de la clase rentista, pero la alternativa preferida por los capitalistas era una expansión estatal que promoviese el crecimiento de la riqueza privada al estimular la inversión y el consumo privados. Este segundo camino fue el que predominó finalmente.

Esta estrategia fue posible a causa de las condiciones específicas producidas por la gran depresión y por la guerra, que restauraron el funcionamiento del mercado de trabajo. En la teoría marxista, el funcionamiento del mercado de trabajo asalariado, del que depende la expansión capitalista, se mantiene, en primera instancia, gracias al ejército de reserva.

«El ejército industrial de reserva durante los períodos de estancamiento y de prosperidad media, ejerce presión sobre el ejército obrero activo; durante los períodos de sobreproducción y de paroxismo, pone un freno a sus exigencias. La sobrepoblación relativa es por lo tanto el fondo sobre el que se mueven las leyes de oferta y demanda del trabajo. Gracias a ella, el radio de acción de esta ley se encierra dentro de los límites absolutamente convenientes a la actividad de la explotación y despotismo del capital.» (*Capital*, vol. I, p. 541, ed. F. C. E.) En este sentido el largo período de desempleo en gran escala de los años 30 sirvió de acción disciplinaria sobre el trabajo, para tenerlo preparado, e incluso ansioso de trabajo, en el período posbélico. Pero la acción a nivel político también era necesaria.

«Por eso tan pronto como los obreros desentrañan el misterio de que, a medida que trabajan más, producen más riqueza ajena y hacen que crezca la potencia productiva de su trabajo, consiguiendo incluso que su función como instrumentos de valoración del capital sea cada vez más precaria para ellos mismos; tan pronto como se dan cuenta de que el grado de intensidad de la competencia entablada entre ellos mismos depende completamente de la tensión ejercida por la superpoblación rela-



tiva; tan pronto como, observando esto, procuran implantar, por medio de los sindicatos, etc., un plan de cooperación entre los obreros en activo y los parados, para anular o por lo menos atenuar los desastrosos efectos que aquella ley natural de la producción capitalista acarrea para su clase, el capital y su psicofante, el economista, se ponen furiosos, clamando contra la violación de la ley 'eterna' y sagrada de la oferta y la demanda. Toda inteligencia entre los obreros desocupados y los obreros que trabajan, estorba, en efecto, el 'libre' juego de esta ley. Por otra parte, en cuanto en las colonias, por ejemplo, surgen circunstancias que estorban la formación de un ejército industrial de reserva e impiden, por tanto, la supeditación absoluta de la clase obrera a la clase capitalista, el capital, y con él su Sancho Panza abarrotado de lugares comunes, se rebelan contra la 'sagrada' ley de la oferta y la demanda y procuran corregirla un poco, acudiendo a recursos violentos.» (*Capital*, vol. I, ed. F. C. E., pp. 541-542.)

El New Deal, la Guerra Mundial y la guerra fría hicieron posible en Estados Unidos la purga de los elementos radicales del movimiento obrero y la creación de un sistema de negociaciones colectivas dentro del marco del Estado del Bienestar. Este sistema dejó intactos las instituciones capitalistas básicas de riqueza privada y trabajo asalariado, y canalizó la protesta obrera dentro de unos límites estrechos de sindicalismo que se concentraban en la venta del trabajo a un precio más ventajoso, sin atentar contra las prerrogativas de la dirección y del capital, tanto dentro de la empresa como fuera de ella. Los sindicatos confinaron sus horizontes a los intereses de sus miembros y en vez de unificar a todos los obreros en una perspectiva de clase, mantuvieron las grietas dentro de la aristocracia mejor pagada de la clase obrera, y entre ésta y el ejército de reserva. La ley de oferta y demanda se alteró así con el crecimiento de los sindicatos, pero siguió funcionando dentro de los límites convenientemente marcados. La historia del movimiento europeo fue distinta en su contenido pero similar en sus efectos, o sea en la eliminación de las perspectivas radicales y en la creación de un marco en el que el trabajo deseaba someterse a los dictados del capital para obtener el crecimiento económico y la «Nueva Frontera» del capitalismo.

Un factor importante en el funcionamiento del sistema fue la existencia de una sobrepoblación latente en los países subdesarrollados y en los sectores atrasados de los países adelantados, que podía drenarse para formar un flujo constante de población que trabajase en el nivel más bajo de la escala. En Estados Unidos la sustitución del sistema de aparcerías de la agricultura del Sur por métodos capitalistas modernos creó un flujo de trabajo negro a las ciudades del norte, al igual que el «desarrollo» de Puerto Rico trajo una inmigración en gran escala a los Estados del Este. Similarmente, la modernización



de la agricultura europea y la importación de trabajo de los países extranjeros jugaron un papel importante en la creación de la oferta de trabajo necesaria para la expansión capitalista. Además, los países avanzados se beneficiaron de los bajos precios de materias primas que aparecieron con la creación de una economía de exceso de población en los países subdesarrollados.

Así, durante este período de 25 años, el trabajo pudo disfrutar de prosperidad y crecimiento mientras se esforzaba en trabajar más para obtener aumentos constantes del nivel de vida, y se abstenía de cualquier desafío político al sistema. Con mucho, las mayores fuentes de rebelión y protesta durante los años 50 y 60 no vinieron del proletariado establecido, sino de las nuevas capas que se incorporaban a las fuerzas del trabajo asalariado desde su posición previa en la sobrepoblación latente. Estos grupos fueron críticos en gran manera de las condiciones de producción capitalista cuando se encontraron atrapados entre la caída del antiguo sistema y las expectativas no cumplidas del nuevo. Eran conscientes de la naturaleza coercitiva de la relación del trabajo capitalista, ya que, al contrario de la clase obrera tradicional, estaban en desventaja, porque no habían internacionalizado aún los valores capitalistas del trabajo alienado. Y también tenían la amargura de la desigualdad de su posición y de la discriminación que sufrían.

Estos factores, que tan gran fuerza dieron a su reacción, también limitaron el alcance de su desafío al capitalismo. Ya que estaban fuera de la producción y en pugna con los estratos privilegiados, eran relativamente débiles para transformar realmente al sistema capitalista. Sus programas tendían a menudo a tener una orientación de pasado, soñando en una vuelta a las viejas formas de producción comunal y eran radicales anárquicamente, buscando la quema, la destrucción y el sabotaje del sistema que los oprimía, antes que apropiarse de él en su propio beneficio. Fueron cogidos en un dilema —por un lado eran los antagonistas del capitalismo, pero por otro lado querían introducirse en él y compartir sus beneficios y privilegios. El resultado de este dualismo fue una tendencia constante a la división cuando algunos entraban en la fuerza de trabajo y formaban parte del sistema, mientras que los otros caían en la parte paralizada del ejército de reserva, con un empleo irregular en extremo, muy por debajo de las condiciones medias de vida, o en los estratos más bajos, casi en la esfera del pauperismo, que así formaban un conglomerado de seres humanos desperdiciados, viviendo en barrios bajos, ghettos y zonas rurales de la economía capitalista.

Con ello el desarrollo desigual del capitalismo, que acumula riqueza en un polo y miseria en el otro, desde el punto de vista político era una fuerza estabilizadora ya que dividía a la oposición potencial al capitalismo en grupos que luchaban entre sí. La pregunta que entonces surge es: ¿Cuánto tiempo puede durar esto? En la próxima sección examino las presiones que surgen sobre la aristocracia del trabajo que creo van a suponer el fin de esta fase de la expansión capitalista, y que nos llevarán a un período en el que el conflicto

de clase entre capital y trabajo será lo más importante en la economía y en la política, tanto a nivel nacional como internacional.

## VII

El éxito del *Desafío Americano* y de la *Nueva Frontera*, tal como he dicho, se basaban en un conjunto particular de condiciones iniciales que aparecieron con la gran depresión y con la guerra mundial. Estas condiciones vencieron la resistencia del trabajo, destruyeron su rama radical e hicieron del trabajo organizado un participante activo en una estrategia basada en una acción estatal fuerte para promover el crecimiento y el expansionismo internacional. Pero el mismo éxito del plan ha tendido a socavar estas condiciones iniciales y nos lleva a una etapa marcada por la crisis y por la reorientación de las estrategias básicas.

En primer lugar los recuerdos de los años 30 y 40 han desaparecido con el actual período de prosperidad, mientras que la «Nueva Frontera» ha dado menos de lo que prometía. El crecimiento de la renta nacional satisfizo algunas de las reclamaciones de las décadas previas, pero creó nuevas necesidades que el mercado no podía satisfacer. La revolución de los bienes de consumo duraderos proporcionó un coche, una televisión y un refrigerador a la mayoría de las familias, pero también provocó la sobrepoblación, la polución y la crisis energética. El nivel de vida de la clase media, nivel al que aspiraba la clase obrera, es proclamado contra viento y marea, mientras que sólo poca gente lo disfruta. Cuando todo el mundo tiene un coche el resultado no es la libertad de huir de las ciudades sobrepobladas al campo, sino que es un campo sobrepoblado. Similarmente, cuando todo el mundo tiene acceso a la enseñanza superior, sus cualidades de élite y sus privilegios son destruidos, y un diploma superior ya no significa un pase a la cima de la jerarquía, sino un trabajo especial en el nivel inferior. Así, muchas de las promesas del consumo capitalista tienden a ser ilusiones, mientras que la alienación y la explotación en el trabajo siguen siendo una realidad siempre presente. Por ello, la insatisfacción con el trabajo y la motivación cada vez menor para él, han aumentado durante los últimos 25 años y han sido la causa de la crisis de productividad, origen de tantas discusiones en los círculos empresariales.

En segundo lugar, la sobrepoblación latente ha ido desapareciendo progresivamente, agotando el conjunto de trabajo barato y aligerando la presión competitiva que existía en el mercado de trabajo. Además, cuando más y más individuos del sector no asalariado son arrojados a la fuerza de trabajo asalariado, el lugar de su lucha contra la discriminación, la alienación y la explotación se traslada desde el exterior al interior, proporcionando así al movimiento obrero nuevas dimensiones de protesta y militancia. Al mismo tiempo, la demanda de

bienestar y de otros programas de ayuda por aquellos que no se han incorporado a la fuerza de trabajo asalariado acaban con el excedente y limitan la expansión de los salarios.

Estas dos tendencias han amenazado la estrategia de la negociación colectiva que ha dominado al movimiento sindicalista en los últimos 25 años. Los sindicatos pueden obtener salarios más altos dentro del sistema capitalista solamente hasta el nivel en que estos aumentos sean compensados por un aumento de productividad, o sea, pasados a los estratos inferiores de la fuerza de trabajo. Sin embargo, el estrechamiento del mercado de trabajo por la expansión capitalista aumenta las pretensiones de la clase obrera, tanto en relación a los salarios y a la suavización del trabajo, como a la disminución de la posibilidad de recargar a los sectores más desfavorecidos. De aquí que las demandas salariales causen la inflación y la crisis en la organización obrera. (Un artículo reciente en *Bussines Week*, por ejemplo, se centraba en tres crisis del movimiento sindicalista: insatisfacción de los consumidores con las consecuencias inflacionarias de las demandas salariales, insatisfacción de los empresarios en relación con la capacidad de los sindicatos para proporcionar la intensidad de trabajo contratado, e insatisfacción de los obreros de base con las respuestas de los líderes del sindicalismo a sus necesidades.)

Estas tendencias en el mercado de trabajo, que aparecen en las economías del mundo capitalista al expansionarse el capital (generalmente descritas como un desplazamiento en la curva de Phillips por los economistas no marxistas), han llevado a la odopción generalizada de controles de precios y de salarios, señalando así el final *de facto*, o al menos el comienzo del fin de la era de la negociación colectiva. Los sindicatos ya no pueden confinar sus horizontes a la lucha entre sus miembros y sus empresarios, sino que deben negociar políticamente y a nivel nacional la parte de renta nacional que corresponde a los salarios. En términos marxianos, las condiciones materiales de la conciencia sindicalista están llegando a su fin en el capitalismo avanzado, ya que los sindicatos no se pueden limitar a los salarios, sino que deben tratar directamente del problema de la tasa de plusvalía total, que es un fenómeno de clase. En este punto del desarrollo muy pronto encuentran que se puede hacer muy poco con la tasa de plusvalía en un marco capitalista, ya que los aumentos de la participación de los salarios en la renta limitan la inversión y dan como resultado el desempleo y la disminución de la velocidad de crecimiento. Una alternativa socialista, en la que la clase obrera tuviese el control del proceso de inversión, podría abrir nuevas posibilidades de organizar la producción y promover el crecimiento y el desarrollo del potencial del trabajo social. Si esta alternativa radical falla, la clase obrera será rehén de la clase capitalista, de la que depende para la acumulación de capital y a la que debe proporcionar incentivos en forma de beneficio y de acumulación de capital, o sea, en forma de más trabajo.

Con ello, las organizaciones obreras deben trasladar sus horizontes desde el nivel industrial al nivel nacional y, por lo tanto, deben pasar de la acción

económica a la acción política. Al mismo tiempo, el crecimiento del mercado mundial y la internacionalización del capital implican que deben trasladar sus horizontes al nivel mundial. De nuevo descubren cuán limitadas son sus opciones si no desafían al sistema capitalista como un todo. Si, por ejemplo, adoptan una política proteccionista, disminuyen la competencia de las importaciones, pero no aseguran una tasa alta de inversión nacional si los capitalistas evaden sus demandas nacionales para invertir en el extranjero. Si intentan, y finalmente controlan el flujo de capitales, entonces descubren que el tamaño y la complejidad de las corporaciones multinacionales, y el mercado financiero internacional, proporcionan a los capitalistas numerosas válvulas de escape, y que a menos que tomen el sistema en su totalidad, sólo obtendrán un control parcial.

Otra estrategia está en el sindicalismo internacional que puede aliviar la competencia en varias industrias, pero que está aún limitado parcialmente en dos aspectos:

1) La organización de los trabajadores en los países desarrollados para conseguir mayores salarios a expensas del empleo, aunque tiene el apoyo de algunos grupos, aumenta la brecha entre la pequeña aristocracia obrera local y el vasto ejército de reserva, y crea condiciones políticamente volátiles que tienen que ser suprimidas brutalmente.

2) El sindicalismo internacional sólo puede luchar por los salarios industriales y las condiciones de trabajo. Pero gran parte de las ganancias históricas del trabajo han sido a nivel político, y están ya incorporadas en la infraestructura social del país, en los campos de la educación, la salud, los seguros de desempleo, la seguridad social, etc. La nivelación de estas estructuras para evitar la competencia supone una unificación política que una estrategia sindicalista simple no puede proporcionar.

Por lo tanto, en ambos aspectos —el ejército de reserva interior y el ejército de reserva exterior— el movimiento obrero está en una crisis objetiva en la que sus viejas instituciones y políticas ya no sirven, o lo que es lo mismo, el capitalismo está en crisis. Esto es lo que yo creo que es la visión radical de la economía internacional y de la política internacional en esta coyuntura histórica.

## VII

El trabajo en el marco marxista es una relación política. En el mercado donde los trabajadores venden su trabajo a cambio de salarios, parece ser solamente un fenómeno económico, pero esto es una ilusión. Lo que los trabajadores venden no es trabajo, sino fuerza de trabajo, su actividad vital. Cómo se usará este trabajo, su intensidad y su duración son problemas que no se deciden por competencia sino por la lucha y por la fuerza. De aquí surge en la

empresa una superestructura política cuya función es en parte la coordinación del trabajo y en parte el vencimiento de la resistencia de los trabajadores que aparece con las relaciones sociales antagónicas de producción. De forma similar la lucha por el trabajo trae consigo el estado capitalista, cuya función, en última instancia, está en asegurar la reproducción de los elementos estructurales básicos de la relación de producción —capital y trabajo—. El nacimiento y la extensión del sistema de mercado están íntimamente relacionados con la lucha política para crear y mantener la fuerza de trabajo asalariada, dividida por la competencia sobre la que descansa el capitalismo.

La política —el conseguir, guardar y usar el poder— es principalmente una cuestión de unión con los aliados y de división de los enemigos. El análisis de Marx de las leyes generales de acumulación capitalista es un intento de descubrir las tendencias hacia la concentración y hacia la conciencia de clase que se desarrollan dentro de las dos partes contendientes en el progreso del capitalismo.

La característica peculiar del capitalismo está en que obtuvo el poder, y en cierto sentido lo mantiene, con un grado muy limitado de conciencia de clase. El capitalismo es un sistema basado en la indiferencia mutua de sus participantes, que opera en una estructura de competencia y de búsqueda de intereses egoístas. En términos económicos, es un sistema altamente descentralizado, que se basa en la maximización del beneficio privado, y unificado mediante la mano invisible del mercado, o sea la ley del valor. La gran fuerza de este sistema, que lo diferencia de todos los anteriores modos de producción, está en que la competencia entre los capitalistas y entre el capital y el trabajo obliga a mantener una revolución continua en la tecnología y una expansión fundamental de la producción material. Pero este nexo del mercado competitivo es también su principal límite, ya que impide el desarrollo de una visión total de la sociedad, adaptada a la cada vez más interdependiente división social del trabajo que crea. El estado capitalista intenta proporcionar algún tipo de visión total, pero ésta es muy limitada debido a las divisiones existentes en la sociedad capitalista entre capital y trabajo, y entre los mismos capitalistas. Al progresar el capitalismo, esta contradicción se intensifica. Usando el lenguaje de los economistas, los problemas de las «externalidades», de la «socialización» y de la «legitimización» se hacen más importantes al surgir más y más problemas que no pueden ser solucionados por la mano invisible del mercado. El mercado mundial creado en los últimos 25 años ha llevado las cosas a un punto crítico; el capital se ha expansionado hasta tener unas dimensiones globales, pero mantiene aún una cierta conciencia basada en un estrecho cálculo privado. La estructura del imperio americano, que mantuvo un cierto orden en este proceso en épocas pasadas, desaparece, y aparece a nivel mundial, en una lucha al estilo «hobbesiano», de todos contra todos. Mientras la anarquía de la competencia se afirma, nos encontramos frente a numerosas crisis, mientras otras crisis mayores se adivinan detrás.

El trabajo, en contraste con el capital, aunque está demasiado dividido por la competencia, lucha para eliminarla a niveles cada vez más altos, hasta que alcance una perspectiva histórica mundial mucho más amplia que el capital, y sustituya el capitalismo por el socialismo. Sin embargo, esta unificación es un largo proceso que requiere un gran desarrollo de las fuerzas materiales, o sea una larga expansión de la producción capitalista.

«La competencia separa un individuo de otro, no solamente a burgueses sino mucho más a los obreros, a pesar del hecho de que los une. De aquí que toma mucho tiempo el que estos individuos se puedan unir, además del hecho de que para que esta unión no sea puramente local, los medios necesarios, las grandes ciudades industriales y las comunicaciones rápidas y baratas, tienen que ser producidas previamente por la gran industria. De aquí que todo poder organizado contra estos individuos aislados, y que viva en una relación que reproduzca diariamente este aislamiento sólo puede ser derrocado después de una larga lucha. Pedir lo contrario sería lo mismo que pedir que la competencia no existiese en esta definida época de la historia, o que los individuos eliminasen de sus mentes las relaciones sobre las que, aislados, no tienen control». (Marx y Engels, *Trabajos escogidos*, p. 63.)

En este trabajo he intentado sugerir que el mercado mundial, al extender el horizonte de la competencia, ha creado una coyuntura crítica en el trabajo que forzará un cambio en su estrategia y en su estructura. Durante los últimos 25 años, el capital ha sido capaz de expansionarse e internacionalizarse, primero reforzando, y luego erosionando, los poderes del estado nacional. En los próximos 25 años podemos esperar una respuesta del movimiento obrero y de otros grupos que socaven el poder del capital. Esta respuesta tomará una forma política, de lucha por el poder del Estado, cuyo centro será el capitalismo y su continuación. Ya que los Estados son territorios, el lugar de la lucha será en gran parte nacional o como mínimo regional, aunque el contexto sea internacional. En Estados Unidos probablemente tenderá a la formación de algún tipo de partido obrero. En Europa probablemente llevará a la unificación y unión más íntima entre los partidos social-demócratas y comunistas. En los países subdesarrollados traerá consigo una mayor participación del trabajo en la política, al surgir el nuevo proletariado.

En este trabajo ni siquiera podemos empezar a examinar la complejidad de la lucha y los numerosos caminos que puede tomar entre los siguientes extremos:

- 1) Una parte privilegiada de la nueva clase obrera de los países avanzados se une con el capital en una nueva alianza imperialista, para conseguir mayores beneficios a cambio de la supresión de los negros, pueblos del tercer mundo, trabajadores extranjeros, mujeres, viejos, etc. Personalmente no creo que este extremo sea posible debido al gran número y fuerza de los grupos desfavorecidos y a la enorme brutalidad necesaria para contenerlos.

- 2) En el otro extremo podemos imaginar una conciencia socialista que

unifique los elementos dispares del trabajo, para llevar a cabo la transición del capitalismo al socialismo. Ya que el socialismo implica que las comunidades tengan el control de su propio trabajo y consumo, probablemente debería basarse en la autosuficiencia nacional o regional, tal como sugirió Keynes; aunque con un alto nivel de cooperación internacional que permitiese el flujo libre de ideas, hospitalidad, etc.

Debe investigarse mucho, tanto en los grupos políticos obreros como en los no obreros, antes de que podamos seleccionar las posibles alianzas intermedias que surgirían, y analizar sus implicaciones en el balance entre socialismo y capitalismo, entre nacionalismo e internacionalismo. Este trabajo ha intentado simplemente apuntar el papel crucial de la lucha entre capital y trabajo que podemos esperar en el futuro. Podemos finalizar anotando que cualquiera que sea el resultado —fascismo internacional, socialismo o libre empresa mixta— nos esperan grandes luchas y conflictos, a nivel nacional e internacional —especialmente en el tercer mundo— al tocar a su fin las potentes fuerzas liberadas por el capitalismo avanzado. Nuestro principal problema como científicos sociales y como seres humanos no está solamente en analizar lo que sucede, sino también en decidir de qué lado queremos estar. Por eso he perdido tanto tiempo en Keynes, que hizo las preguntas correctamente, aunque estaba limitado en gran manera en sus respuestas, ya que intentó pensar la historia de Marx.

*Graduate Faculty.*

*New School for Social Research. New York.*